

LA DIMENSION UNIVERSAL DE FRANCISCO DE MIRANDA

Santos Rodolfo Cortés (*)

Esta entrega concierne a una tentativa de rescatar de las fuentes documentales de los siglos XVIII y XIX, la imagen planetaria de la obra realizada por Francisco de Miranda durante su existencia, medida en todas sus vertientes, para descubrir la trascendencia inscrita en el ordenamiento histórico.

Las credenciales que pueden ser exhibidas para lograr el propósito son compatibles con sus esfuerzos y sacrificios inadvertidos en medio de los avatares de la época y las circunstancias adversas que rodearon el intento, y están en concordia con las magnitudes utilizadas para configurar una impronta saturada de magnanimidad y desprendimiento que sirvieron a sus discípulos y seguidores en una ronda de legados propicios para la lucha por la libertad de los pueblos.

Aconseja la Deontología la aproximación a los héroes y paladines con rigurosa óptica que permita enhebrar la fina trama que defina los términos de sus proezas despojadas de elogios y adornos, porque su conversión obligada en estatuas y símbolos dependen de la pulcritud del tratamiento y de la versión decorosa que alienten la credibilidad y la confianza.

Por eso la renuncia a la subjetividad, venida de propios y extraños, deberá estar apareada con una rigurosa despersonalización del protagonista que le aleje genealogía, abolengos, ideologías, jerarquías y condiciones sociales, étnicas o geográficas que invitan a un retorno de la grandeza por describir y de sospechas nacionalistas, patrióticas y aldeanas que impidan la visión neutral, ponderada y diáfana de proposiciones y juicios en su entorno y contexto.

(*) Socio Correspondiente en el Estado Miranda.

La Globalidad

Desde que se inició el proceso de la Globalidad, como respuesta y en contradicción a los postulados focales de las escuelas de los siglos pasados que desvinculaba a los sucesos de sus conexiones mundiales y reducía el trabajo intelectual, artístico y cultural a un tamaño inconveniente, pese a la grandeza de sus contenidos, para dar preferencia a la actividad política, militar, religiosa, económica e ideológica, la Ciencia Histórica Contemporánea está urgiendo a sus profesionales, afiliados e investigadores que centren sus quehaceres en la búsqueda de ese nuevo espacio.

Al igual que las crisis, los cambios y la trascendencia, deberán ser medidos con los signos de pluralidad la vigencia continua, la inespacialidad y el carácter original del modelo propuesto, de otro modo, el intento quedará sin los requisitos necesarios para el tránsito a las generaciones porvenir.

Eso obliga a diseñar la red de acontecimientos, dentro de sus correspondientes contextos, que permitan descubrir las estancias e instancias en que se vio envuelto y adherido aquel egregio venezolano, nacido en Caracas, aquel memorable 28 de marzo de 1750. Que alcanzó fama intercontinental por las múltiples acciones políticas, diplomáticas, militares y sociales en procura de su ideal de emancipar las antiguas colonias que constituían el Señorío de las Indias pertenecientes a la Corona Española por derecho de Descubrimiento, Conquista y Colonización, según la doctrina de soberanía vigente entonces.

La Trascendencia

Los ascensos y accesos a estadios superiores de la huella de aquel ilustre promotor de la emancipación del hemisferio occidental, constituyen los signos del trascender más allá de las fronteras de su ciudad natal, provincia, Gobernación y región, para adquirir los contornos continentales que demuestran de manera fehaciente esa jerarquía.

Su proyecto de Gobierno Municipal que revocaba al señorial hispánico o el imperial que reemplazaba los virreinos, presidencias y capitanías generales de América, fue la respuesta de una transformación política y administrativa que transfería la soberanía a los habitantes por corresponderles de la parte del condominio que le tocaba, cuando se pervertían o violaban las Leyes de Castilla o los Códigos de Indias.

La obtención de las más elevadas dignidades de la República surgida de las Actas del 19 de abril de 1810 y del 5 de julio de 1811, fue la evidencia de la

La Globalidad

Desde que se inició el proceso de la Globalidad, como respuesta y en contradicción a los postulados focales de las escuelas de los siglos pasados que desvinculaba a los sucesos de sus conexiones mundiales y reducía el trabajo intelectual, artístico y cultural a un tamaño inconveniente, pese a la grandeza de sus contenidos, para dar preferencia a la actividad política, militar, religiosa, económica e ideológica, la Ciencia Histórica Contemporánea está urgiendo a sus profesionales, afiliados e investigadores que centren sus quehaceres en la búsqueda de ese nuevo espacio.

Al igual que las crisis, los cambios y la trascendencia, deberán ser medidos con los signos de pluralidad la vigencia continua, la inespacialidad y el carácter original del modelo propuesto, de otro modo, el intento quedará sin los requisitos necesarios para el tránsito a las generaciones porvenir.

Eso obliga a diseñar la red de acontecimientos, dentro de sus correspondientes contextos, que permitan descubrir las estancias e instancias en que se vio envuelto y adherido aquel egregio venezolano, nacido en Caracas, aquel memorable 28 de marzo de 1750. Que alcanzó fama intercontinental por las múltiples acciones políticas, diplomáticas, militares y sociales en procura de su ideal de emancipar las antiguas colonias que constituían el Señorío de las Indias pertenecientes a la Corona Española por derecho de Descubrimiento, Conquista y Colonización, según la doctrina de soberanía vigente entonces.

La Trascendencia

Los ascensos y accesos a estadios superiores de la huella de aquel ilustre promotor de la emancipación del hemisferio occidental, constituyen los signos del trascender más allá de las fronteras de su ciudad natal, provincia, Gobernación y región, para adquirir los contornos continentales que demuestran de manera fehaciente esa jerarquía.

Su proyecto de Gobierno Municipal que revocaba al señorial hispánico o el imperial que reemplazaba los virreinos, presidencias y capitanías generales de América, fue la respuesta de una transformación política y administrativa que transfería la soberanía a los habitantes por corresponderles de la parte del condominio que le tocaba, cuando se pervertían o violaban las Leyes de Castilla o los Códigos de Indias.

La obtención de las más elevadas dignidades de la República surgida de las Actas del 19 de abril de 1810 y del 5 de julio de 1811, fue la evidencia de la

meritoria calidad de ser el depositario de la voluntad del Pueblo de Venezuela y sus gobernantes porque, desde entonces, encarnó los símbolos de la Patria naciente y la responsabilidad consensuada de dirigir y dirimir la suerte y el destino encomendados en sus manos.

Al triunfar los principios que presentaban aquellas asambleas de salvación de las instituciones surgidas de la primera constitución, de la cual fue signatario dilecto y garante, su figura adquirió el rango de Generalísimo conque le condecoró el Congreso Nacional, cuando se le confirió el mando supremo y la autoridad única para llenar una página del suceder venezolano.

La Crisis

La estrategia secreta que aplicó aquel eximio luchador público por las libertades de los pueblos fue la de aprovechar las circunstancias de las guerras foráneas que sostenía España en sus posesiones del Norte de Africa contra los sultanatos locales para el arbitraje de los asuntos políticos y militares, por ser mercados intercontinentales y eje del dominio de las rutas de navegación que determinaban el equilibrio y la paz del Mediterráneo Occidental.

Su estancia y experiencia adquirida en el área, en su calidad de Capitán del Regimiento de Infantería de la Princesa, entre 1774 y 1775, en la defensa de Melilla y en la expedición hispánica contra las fuerzas del Sultán de Argel, le advertían de la debilidad que soportaba España en aquella guerra de desgaste que obligaba a un permanente reemplazo de sus unidades de combate por esa interminable campaña que siempre quedaba indecisa unida a las carencias de recursos y habilidades bélicas de los ejércitos destacados allí que no llenaban los requisitos de primera categoría.

De esas deficiencias se dio cuenta también, durante su ejercicio de Capitán del Regimiento y Edecán del General Manuel Cajigal que fungía de protector y promotor, al confiarle comandos de tropas para reforzar el sitio que dirigía Bernardo de Castro contra las fuerzas inglesas que se habían apoderado en 1781 de la ciudadela de Pensacola de la Florida, cuya capitulación y entrega logró por sus habilidades diplomáticas que le permitió el ascenso a Comandante del Ejército Español radicado en La Habana. Para cumplir tareas de remisión de armamentos y provisiones a los patriotas norteamericanos, recorrió el río Mississippi en barcos españoles, en abierta colaboración que mantenían en común Francia y España contra Inglaterra, en el área del Mar Caribe, en reciprocidad y venganza por las antiguas correrías de las naves de piratas y corsarios británicos contra la Flota de Galeones y los continuos ataques contra las fortalezas y ciudades o puertos hispánicos, durante

los dos siglos anteriores. Pero también de los adversarios británicos adquiere información y conocimiento a propósito de un viaje a Jamaica, para canjear prisioneros, donde toma nota de los recursos navales y militares disponibles, fuera del levantamiento de una carta geográfica, o cuando participó en la captura de las Islas Bahamas, cuya rendición logró, en nombre de España, de todas las fuerzas de guarnición, al año siguiente. Intrigas de colegas y autoridades por haber permitido la visita a la Fortaleza de La Habana del general inglés Campbell. Se alejó de aquel escenario y marchó a Estados Unidos en busca de ayuda para su revolución, donde permaneció año y medio, en contacto y comunicación con los líderes de la emancipación norteamericana. Su permanencia en Londres fue fructífera para saber que las condiciones internacionales no permitían la posibilidad de una colaboración franca de Inglaterra para sus propósitos y decidió realizar un derrotero de cuatro años, entre 1785 y 1789, por Holanda, Prusia, Italia, Constantinopla, Moscú, Crimea, Kiev, Viena, París, Londres, La Haya, Copenhague, Estocolmo, Oslo, Hamburgo, Bremen, Bélgica, Alemania, Suiza y Francia. De nuevo en Londres, sus proposiciones son desalentadas por el Primer Ministro William Pitt. Se dirigió a París en 1792, donde entró en contacto con los dirigentes del Partido de La Gironda y el Ministro de Guerra José Servan le asciende a Mariscal de Campo y le designó Segundo Jefe del Ejército del Norte, a cargo de Carlos Dumouriez. A mediados de septiembre de 1792, concurrió a las acciones de Morthomme, Briquenay y Valmy, y es ascendido a General de los Ejércitos de Francia. Nombrado Jefe del Ejército del Norte por razones estratégicas, debió levantar el sitio de Maëstricht y tomar la ciudad de Amberes, el general Carlos Dumouriez, le acusó ante la Convención, de irresponsabilidad en el cumplimiento de sus deberes con intento de traición, pero logró, con la ayuda de su defensor, Claude Chaveau-Lagarde demostrar su inocencia y acusar, de paso, a su antiguo jefe, de una deserción virtual para abandonar ese sórdido ambiente, rumbo a Londres, y reanudar sus gestiones en obsequio de la liberación de su patria.

En aquellos escenarios, donde se ventilaban y confundían, intrigas palaciegas, discusiones ideológicas teñidas de Ilustración, Absolutismo y Despotismo Ilustrado, no tenían cabida las palabras "*Revolución*", "*República*", "*Democracia*" ni "*Libertad*". Todos querían destruirse entre sí, mediante alianzas perversas, guerras, conjuras dinásticas y desequilibrios diplomáticos que no daban espacio para sus propósitos, de cuyos pormenores dejó plena constancia aquel insigne viajero en el epistolario, notas, programas, invitaciones, documentos militares, papeles políticos, proclamas, informes, recortes de prensa y anotaciones particulares adscritas a su voluminoso Archivo Histórico que constituye el primer registro privado compilado por un venezolano sobre la época contemporánea, europea y americana.

El Cambio

A despecho de aquel cuadro saturado de adversidades que no encajaban con sus inquietudes por conservar la fe y confianza en la reacción positiva de los pueblos en beneficio de su rescate y redención, aquel eximio líder que llevaba en seno el fuego sagrado de las luchas libertarias, al decir de Napoleón Bonaparte en conferencia privada, decidió continuar con su proyecto de transformar la situación de América a favor de su independencia de España y de cualquier otra potencia militar y naval.

No en vano buscaba más el apoyo popular, con el objeto de crear otro imperio que le diera paridad de oportunidades políticas, económicas, sociales y financieras propias, para que no la cercaran ni agredieran como afiliada a otra entidad territorial, porque no se trataba de hacerle la guerra a España o destruir sus dominios de ultramar, sino de separarlos en conjunto para, inclusive defenderla de aquellos que pretendían arrebatarle sus posesiones a cambio de una derrota, puesto que, en definitiva, ese era el latente sentido bélico entre colosos y eso debía hacerse antes que las circunstancias le condujeran por ese camino.

Creía que estaban dadas las condiciones para provocar la crisis mediante expediciones navales que permitieran, con soldados y oficiales revolucionarios, tomar posesión de aquellas tierras y fundar, con todas sus provincias, un bloque independiente dotándole de un nuevo gobierno, basado en un imperio continental de estilo diferente al europeo y asiático, con dos Incas como Jefe de Estado, asesorado por los Cuerpos Municipales para la administración de las ciudades, las Asambleas Provinciales para las Regiones y el Concilio Colombiano para dictar las Leyes de la federación de Colombia. Delegaban las funciones de custodios del tesoro Público, que se llamaban *Cuestores*, los Censores para levantar el Padrón de la Población, los Ediles para ejercer los servicios públicos urbanos y el Poder Judicial, integrado por la Alta Corte Nacional, las Provinciales y los Jurados como en Inglaterra y los Estados Unidos del Norte. En el proyecto admitía el Culto Católico, Apostólico y Romano, y designada una Capital en el Istmo de Panamá con el nombre de Colombo. Aunque no mencionaba la lengua oficial, se supone que era el español y las costumbres, las heredadas.

Ese programa sustituía uno anterior de índole municipal y comunitario que se hacía depositario del Gobierno Español, en cada ciudad y provincia, al momento de la invasión o revolución que designaría los miembros de la Asamblea y del Gobierno Federal, con residencia en Caracas, que debía nombrar el Hatunapa o Generalísimo, para dirigir la guerra, la milicia y el Gobierno, las leyes, los impuestos, los extranjeros, la religión y la sociedad, sin mención de elecciones ni duración de los poderes.

La crisis de ruptura que proponía para segregar la América Hispánica de Europa, se añadía el cambio total de estructuras políticas, militares, territoriales, judiciales, legislativas y comiciales, judiciales, con una trascendencia del suceso de niveles provinciales a continentales, que consagraba el nacimiento de un nuevo sistema que se alejaba de la monarquía, la república y se aproximaba a una forma imperial autóctona heredada de los antepasados indígenas con participación de los pueblos representados en los Ayuntamientos.

La originalidad del modelo constituye la evidencia de un tránsito que se convertirá en la definitiva emancipación de esos pueblos para proporcionarles la libertad, la paz, la solidaridad, la justicia, la igualdad, el bienestar y la felicidad a que tenían derecho después de tres siglos de dominación.

El consenso que esperaba de esas comunidades permitiría el establecimiento de una confederación de territorios situado entre la Nueva España y la Tierra del Fuego con una cobertura hemisférica cuya independencia habría generado una adelantada sociedad de naciones, un mercado regional, un espacio geográfico que sirviera de equilibrio entre las pretensiones de hegemonía en el Océano Atlántico y un núcleo estratégico para negociar la paz y la armonía entre los cuatro continentes restantes.

Un análisis retrospectivo del asunto podría arribar a conclusiones sorprendentes si se admitiera que una vigencia plena, entonces en perspectiva, hubiera evitado la secesión parcial de los territorios que construyeron las repúblicas que en la actualidad integran el Nuevo Mundo, las guerras generadas entre sí, las luchas civiles, las contiendas sociales, los contenciosos fronterizos y la dispersión de las fuerzas motrices de una historia diferenciada en sus propósitos superiores de la unidad continental.

La Grandeza

La altura de miras con que diseñó su modelo político el ilustre venezolano Francisco de Miranda estaba consagrada, en rigor, a la obtención de la libertad de su pueblo, dentro de un marco de perpetuidad, porque no se trataba de una aventura ni de una pretensión privada en busca de fama o del reconocimiento o la gloria de parte de sus contemporáneos.

Aunque se deslizó entre los círculos de cortesanos imperiales de toda Europa y anduvo en medio de las celebridades de la época, no se acogió a la vida plácida que le brindaba ese medio del derroche y el lujo, al cual estaba invitado de manera permanente, sino que prefirió la pasantía por riesgos, cárceles y exilios antes que sucumbir ante tentaciones que eran incompatibles con su gesta en marcha.

La propia dimensión geográfica extraordinaria que se proponía libertar, suponía un esfuerzo que excedía las capacidades de un individuo, grupos, partidos o ejércitos y escuadras que, de por sí, medía el intento y establecía la multiplicación de los sacrificios que debían ser invertidos en aquella magna hazaña signada ya por una trascendencia en expectativa.

Intuía, no sin razón, que el adversario a derrotar y vencer tenía las disponibilidades, poderío y experiencia que, colocados en manos de personas capaces y valientes, podían convertirse en una dura tarea y una temeraria campaña con resultados impredecibles, si no se hacía acompañar por todo un pueblo convertido en ejército para conseguir su emancipación tras una victoria definitiva que requería recursos bélicos de igual magnitud.

Necesitaba más que de la suerte de la proeza o la solidaridad de sus aliados eventuales reclutados en las islas del Caribe y en Estados Unidos, todo el patriotismo de sus compatriotas que fueron invitados a la lucha con promesas de soberanía y apoyo mundial a la gesta por la suprema idea de la libertad en llamado nacionalista y reverente anuncio de una nueva nación propia que había de nacer de sus esfuerzos.

No era compatible con ese espíritu superior que profesaba por una causa que merecía toda su atención y cuidado, la aceptación de la oferta del gobierno francés de participar en la expedición que se preparaba para someter a los rebeldes esclavos y mulatos de Haití que habían declarado su independencia de la metrópoli aprovechando la Revolución y anarquía que les debilitaba, cuando ya era un héroe nacional después del triunfo alcanzado en la Batalla de Valmy en 1792, al considerar que aquello no se compaginaba con las luchas libertarias.

A despecho de la persecución de los girondinos y jacobinos, en cuyas nóminas no quiso afiliarse, porque no era su propósito luchar por el poder político ni militar de esa nación, ni admitir órdenes de gobiernos que consideraba usurpadores de los derechos populares, según el curso de los sucesos en aquellos días, logró que la posteridad reconociera sus méritos revolucionarios y sus credenciales de guerrero pundonoroso a favor de las libertades públicas en cualquier lugar y tiempo, al incluir su nombre en la sagrada lista de los paladines de Francia y del mundo en las columnas del Arco de Triunfo de París.

Ningún venezolano ni americano ha logrado, desde entonces, semejante reconocimiento ni galardón que le consagra dentro de una posición privilegiada que está por encima de todos los honores que pudieron haber sido otorgados a partir de aquel memorable momento de gloria para beneplácito de la patria y la fe en la victoria final, cuando se dedican todos los esfuerzos para hacer realidad los sueños y las utopías.

Sostener hasta el final que lo único que ofrecía aquel venerable patriota era la libertad de intercambio comercial, prohibida entonces por el imperio español, a cambio de aquella ayuda solicitada para emancipar sus colonias, era un punto de honor invariable sin cesiones territoriales, ventajas diplomáticas o dependencias e instalaciones militares o navales en sus jurisdicciones, fue la nota reverente que esgrimió como argumento de las negociaciones sin vuelta atrás ni componendas.

La apertura hacia las castas de negros libres, mulatos, zambos, mestizos, cuarterones, quinterones, sexterones, septerones, pardos, salto atrás, esclavos o desposeídos con participación electoral y acceso a las municipalidades, sin enfrentar a sus congéneres criollos, canarios y peninsulares, porque tenían una alianza tácita para mantenerlos como mayoría cautiva sin derechos, recursos, privilegios ni esperanzas de redención, fue el toque humanístico y social que multiplicó su grandeza hasta límites sin dimensiones.

El Desprendimiento

El sentido de renuncia a las cosas materiales que frenaran su actividad libertaria o impidieran su tarea permanente de la búsqueda de recursos para emprender su campaña de sumar voluntades para realizar su proyecto superior de emancipar de España y del mundo las antiguas colonias del imperio hispánico, fue tan arraigado que no tuvo tiempo de pensar en cambiar de opinión sobre el particular.

Aunque las tentaciones fueron abundantes y continuas porque se desenvolvía en los grandes salones y palacios de Rusia, Alemania, Inglaterra, Francia, Italia, Bélgica, Holanda, Suecia, Noruega, Prusia y Austria, no cedió, en absoluto, a llevar una vida disipada basada en las fantasías de las riquezas, el poder y el mecenazgo que le ofrecían a cada paso sus amigos y protectores al preferir exponer sus ideas diáfanas plenas de honestidad y decoro.

Despreciaba, por igual, la dádiva personal o la limosna mísera de una contribución irrisoria ni el socorro inoportuno a cambio de ventajosas cesiones territoriales o concesiones ambiguas de poderío total, porque se conformaba con su oferta permanente de ayuda militar y naval para conquistar aquel inmenso espacio geográfico con simples intercambios comerciales con tratamiento igual para todos los interesados.

Mucho menos, se dejó seducir por los grados militares, títulos de nobleza o menciones sociales en su honor porque eso estaba alejado de sus verdaderos designios de confrontarlos a todos si alguna vez se hubieran atrevido a

invadir su futuro imperio incaico o liarse con su adversaria peninsular si le estimulaban para deshacer su meta trazada con dignidad.

Ni siquiera deseó hacer pactos con nación alguna, ni recibir el mecenazgo privado de nadie o favorecer a las minorías de las colonias hispanoamericanas porque no estaba centrada aquella liberación de largo aliento en circunstancias acomodaticias de tinte oportunista si quería conservar la integridad de un programa de secesión mediante una ruptura irreversible, de la que ni la propia España saliera desfavorecida, porque la necesitaba para sostener el equilibrio diplomático con las demás potencias, dentro de una estrategia que preservara los destinos de la Madre Patria común.

Dentro de la pureza de sus intenciones y expectativa que consideraba superiores y sagradas, no tenía cabida la gloria que acompañan siempre la vanidad, la adulancia y el elogio inmerecido de quienes rodean a los héroes en su transitar porque eso desvirtuaba un quehacer que tendía a centrar en una persona los méritos que deben atribuirse a todos en general, sin excepciones, a la hora de los balances históricos, dentro de un prorrateo decoroso.

Todo estaba previsto para que el suceder siguiera su curso rectilíneo, sin desviaciones, que pretendieran hacer trasnochados herederos del canto a las gestas, en busca del goce de triunfos ajenos para el encubrimiento y trepar por escaños extemporáneos, al contaminar lo ocurrido con proposiciones alternas, indignas con disfraces inoportunos.

Lo único que deseaba para sí, era ver culminados sus anhelos redentores, propicios para el usufructo del bienestar común que reclamaban los pueblos para alcanzar una felicidad desviada y usurpada que debía ser eclosión en su momento, cuando la reivindicación viniera por otras vías inconvenientes contenidas por el desfase.

La prueba de aquella pobreza devota y deliberada está contenida en las líneas del repartimiento de un exiguo patrimonio que no tenía proporción a la vida agitada desenvuelta en medio de círculos palaciegos y sociedades imperiales, donde tuvo las oportunidades de hacerse inmensamente rico, si hubiera alternado con aquellos aristócratas que estaban sujetos al frenesí de la abundancia.

La donación de su biblioteca de clásicos griegos y latinos, a la Universidad de Caracas, fue en reciprocidad a sus estudios de Latinidad de menores y de Artes en sus aulas para que sirvieran a las generaciones futuras; el endoso de su Archivo Histórico a la Ciudad de Caracas, fue un gesto de reconocimiento público a su ciudad natal y las restantes cláusulas testamentarias de distribuir entre sus hijos y parientes, fue un acto de justicia que le tocaba por sentido legal.

Sin más nada que repartir quedó con su soledad de reminiscencias de aquellas iniciativas, expediciones, campaña y batallas, donde desempeñó papel de protagonista para responder a la posteridad de sus responsabilidades y fueros que le tocaban ante el juicio de la historia, que terminó por darle la unción del compatriota que alcanzó la universalidad, en medio de los avatares de la política, la guerra y la diplomacia para salir absuelta de toda conjura en su contra, libre de acusaciones adversas, porque prevalecieron la sensatez, la lógica, la razón y la justicia de su causa, que fue la misma de la humanidad en su búsqueda de la libertad, la paz, la igualdad y el bienestar.

La Intemporalidad

Cuando se alcanzan las superiores instancias de la condición planetaria por obvias razones, desaparecen las referencias temporales que pretenden ubicar a los seres e instituciones históricas en el plano de la mediación del tiempo porque no hay opciones para una determinada ubicación en las épocas en que vivieron.

La circunstancia de pertenecer, desde entonces, al patrimonio de la cultura y la humanidad, pierde la esencia contable de los períodos en que se ha pretendido dividir el interminable cronos, utilizado para lo percedero y lo finito, si no presentan credenciales para la prórroga continua, válida para los casos de la sobreexistencia de la obra sometida a balance y análisis deliberado.

Eso significa una vigencia perpetua del contenido de las ideas emitidas por los protagonistas en función de las aportaciones realizadas para el usufructo constante del género humano para el logro de su bienestar, antesala de la felicidad que constituye por naturaleza sus metas exclusivas y privativas.

En una interpretación lata del asunto habrá que convenir el cese del conteo eventual de toda circunstancia temporal para concluir que la tarea realizada por aquel ínclito caraqueño dejó atrás su ubicación en medio de los años, siglos, milenios y eras, porque su tránsito ha alcanzado una directa promoción hacia la suprema estancia donde moran sus congéneres del quehacer humanístico.

Ni siquiera se le puede distinguir entre los honorables miembros de su generación que vivieron entre 1750 y 1816 porque ha escapado de su esfera para trascender más allá de los límites que la historia impone a esos grupos de contemporáneos que pugnan por salir de aquellos esquemas cronológicos que les definen y configuran.

Aunque sigan computándose sus pasantías por los años venezolanos, españoles, africanos, cubanos, norteamericanos, ingleses y los salones europeos,

eso adquiere desde entonces el carácter referencial pedagógico que le retorna a esos ámbitos donde cristalizó su pensamiento y despegó su movilidad hacia la etapa final de la consagración.

No es inoportuno advertir que la condición mundial de los entes históricos corre sin detenerse a través de las épocas porque no es privilegio de alguno en particular, ni están señaladas por la incidencia común con otros protagonistas o procesos que convivan sin eclipsarse.

La plétora de acontecimientos que propugnaban cambios y produjeron crisis durante los siglos XVIII y XIX, no fue obstáculo para que brillaran figuras estelares de manera coetánea con Francisco de Miranda, sin estorbarse ni ser motivo de explicación a sus quehaceres personales, impregnados de la magnanimidad que les caracterizó a todos por igual.

Entonces pudo demostrarse que no eran necesarios los adelantos científicos, artísticos o tecnológicos para que aquellos protagonistas desarrollaran sus idearios en los mismos terrenos y tiempos en que se desenvolvían para lograr sus propósitos diferenciados por sus estructuras y naturalezas.

Dentro de una escala comparativa mensurable, no fue ninguna de las etapas vividas mejor que las otras en la vida de estos paladines, porque tenían en común la supervivencia y multiplicación de sus labores diseñadas para ser realizadas en cualquier circunstancia por ser compromisos irreversibles.

Puesto que la marcha de sus procesos era indetenible ni siquiera podían tomar la iniciativa de frenarlos o darles un finiquito porque la generación sucesiva de los hechos formaba una red de tal magnitud que ya estaba involucrada sin retorno.

Por eso, los fracasos de sus expediciones o las negativas constantes de los presuntos mecenas o aliados eventuales o su capitulación negociada con el adversario, pudieron cesar aquella marcha lineal trazada con los signos del martirologio, fue la alternativa que le tocó en suerte para un epílogo inesperado.

Al convertirse por todas las vías caminadas, en hombre de todos los tiempos, ingresó a la historia con todas las prerrogativas que se otorgan a los creadores de patrias y naciones que desde entonces celebran en efemérides de justicia los honores que les corresponden por una obra que se abrió paso planetario para gloria de Venezuela y América.

La Inespacialidad

La referencia del lugar donde se vive, trabaja y desenvuelven los protagonistas de la historia deja de ser una actividad esencial porque quedan cubiertos por la magnitud de la universalidad alcanzada y cesan por carecer de orden prioritario cuando se ventilan sus obras en cátedras y disputas al disolverse en medio de la carga de idea, pensamientos y paradigmas que ocupan esos espacios en el momento de las comparaciones.

La invocatoria puede tener la referencia pedagógica o para reminiscencias anecdóticas o en el establecimiento de patrones comparativos, pero sin los valores acordados para la conjugación mundial adquirida que fuerzan a un abandono necesario y pertinente, si se quiere obtener la plenitud del goce de esa calidad envidiable.

Al igual que sus congéneres, aquel ilustre paladín perdió, desde su deceso y tránsito, toda connotación de ser caraqueño, venezolano, americano, español, europeo y canario, para convertirse en hombre del mundo, porque su impronta alcanzó los niveles planetarios que exigen como requisitos el pase a esa condición.

Eso no es incompatible con una veneración oportuna que sirve de enlace con las generaciones actuales y por venir con motivo de sus efemérides, marcados por el recordatorio obligado que finaliza con cada celebración para retomar a los sacros sitios donde moran la grandeza y la superioridad.

La jerarquía de ser excepcional que le brindó su gesta vinculada a la promoción y rescate de los grandes valores humanos fue suficiente para el reconocimiento general cuando su devoción, el sacrificio y el martirologio tocaron a la puerta de su estancia para la convocatoria de los pueblos a la rebelión en obsequio de su libertad y justicia.

Puesto que todo fue espontáneo y nacido de un anhelo, lo que consiguió interpretar en nombre de quienes esperaban un liderazgo que les condujera a la victoria final, habrá que convenir en que el tránsito supremo estuvo enlazado con la avidez de soberanía reflejada en las luchas aisladas y embrionarias que manifestaban las comunidades americanas, desde los propios tiempos del Descubrimiento.

Vinculada a esa intemporalidad y la inespacialidad está una innominalidad que sugiere, por definición, la pérdida de sus denominaciones básicas, y la de sus títulos y grados o distintivos para una poda y deslastre que no disminuye su grandeza y acorta el camino hacia la condición mundial, lo cual obliga a la desinserción de sus merecidas e históricas designaciones de **Precursor** y **Generalísimo** con que se le ha reconocido a través del tiempo.

Por eso, el simple denominativo de **Francisco de Miranda** es suficiente para la Historia Universal porque connota un símbolo de los pueblos que conllevan los atributos rendidos por sus contemporáneos de virtuoso, excepcional, brillante, héroe, paladín, tesonero, luchador, audaz, paradigma y libertario.

Aunque parezca paradójico es el despojo denominativo de estos titanes porque entonces se le cuentan sus virtudes y desecha cualquier calidad que para su época pudo ser considerada contraria y negativa porque se convierten, por naturaleza, en detritus, exageraciones y equívocos.

La postulación envidiable de **Ciudadano del Mundo** ha sido el mayor premio a que puede aspirar un ser humano involucrado en hazañas que buscan establecer la paz y la armonía en medio de las crisis que permitan las transformaciones necesarias que las hagan más estables y prorrogadas.

La circunstancia de que su impronta siga generando acontecimientos y procesos a lo largo de los siglos, porque es una referencia obligada para cada comunidad de la tierra que desee seguir sus ejemplos, pensamientos e ideas para aplicarlos a sus desarrollos y tránsitos de sus culturas, economías, políticas y diplomacias, es lo que está planteado como efecto de la vigencia perpetua que se supone debe sobrevivirle.

Queda en las bibliotecas, los periódicos, las revistas, los libros y en todo medio comunicacional que difundan las obras de estos gigantes del quehacer humanístico, es el encaje y constancia de algo que dejó de ser patrimonio privado para convertirse en las páginas de la Historia Universal.